

POEMAS DE UN CITADINO
jorge vélez valdés

v
d

Un viaje por el pueblo
es aquel donde se retorna
mugriento, contagiado
sin alforjas ni diamantes
y con un atuendo de monstruo
antes desconocido:
mascarada de las circunstancias
un piso alto
un cuarto de vino amplio
dos bolas más pesadas
y un cuadro pintado en los recuerdos
del cual no deseo escapar

Este brazo mío
era fuerte un día
Este mundo mío
era grande,
hasta cuando llegaste a la colina
(mientras yo, hechizado
pintaba en el cuarto)
para apuntarme
a escondidas
con tu rifle de doble cañón,
vestías un traje bonito de siete colores
y un rostro triste con rostro de cama
y yo caí.

A los setenta años
qué más puedo pedir
sea para bien o para mal
he vivido y engordado como lo manda Dios.
A pesar de ello
algo me preocupa:
¿lo nuestro, comentado amor
o prostitución disfrazada?
Con dolor
tengo que admitir
que vil ramera soy.

Mariana:

con toda la humillación que me has causado
te he amado y perseguido por diez años.

Mariana:

en la copa de tu seno izquierdo
solo puede envolverse, viajar
y desgraciarse un poeta en Panamá.

Vengo de muy lejos

donde voces endiabladas

me reclamaron desde un hoyo de víboras.

Vengo de un lugar

donde por poco pierdo las hormonas,

donde una celda inmunda de marica

me pedía a gritos

y yo sólo estaba en ella.

Todavía tengo polvo de la ciudad de perros

he venido para que me admitas en tu casa

para no regresar al lugar

donde me enviaste.

Yo tenía un gran sueño
he dicho,
tenía un gran sueño
porque han acribillado
la legión de niños
que yacían contentos dentro de mi alma.
Yo tenía un bello sueño
y con mis sueños actuales
sólo puedo comprar
un hospital de criminales,
tenía un sueño, ahora
no tengo seguro de vida
y tengo seguro de muerte.
Yo tenía un significado
y tenía un grandioso sueño.

Cuando llega la noche
suelo acostarme sobre mi cadáver;
lo comprendo:
soy un hombre de temporada triste
y soy un oso indomesticado del patio
que no se arrepiente ni rinde promesas.
Compréndelo, en mi ciudad agonizante
todo puede cambiar si te inviertes
y un sueño es una preciosa piedra en el alma.
Sin embargo,
logro construir algo en la oscuridad:
un nuevo itinerario nocturno,
llegar a tí, manco y subdesarrollado,
con la montaña y pulsando la guitarra.

Aparentemente,
luego de la guerra civil
que se libra en la ciudad
he quedado solo
con deseos de buscar
con miedo de encontrar
parece mentira que a los cuarenta años
sigo inventando mujeres e ideas
de tra seros bellos y prominentes
que existen y me esperan
al doblar la esquina.

Hoy me siento triste
tomando un café sin coraje
a las diez de la mañana.
Hoy me siento triste
con una tristeza sin lágrimas
que muele y estremece,
con una tristeza tibia y temblorosa,
con una tristeza infantil de escuelita,
de cuadernos, lápices
y tableros desolados.
Empero, me enriquece
que todos los niños sean buenos;
incluso yo, dejé de ser malo
para caminar muy triste hasta tu ciudad
y esperarte mil horas.